

## Insurgente de nacimiento



**Gabriel García Márquez, su mentor** en la Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños en Cuba, la veía como una adolescente irreverente. Una suerte de *enfant terrible* de la cámara, capaz de ir a contracorriente del dictado de sus maestros. En una ocasión, durante los cuatro años que vivió en la isla, participó en un documental cuya misión era indagar entre los cubanos qué pasaría cuando Fidel muriera. Las reacciones iban del desconcierto a la histeria. Los entrevistados estaban tan airados que la policía tuvo que intervenir para que la emprendieran contra el insolente equipo de filmación. Muchos años después, cuando presentó su primer largometraje *A la media noche y media* en un festival de cine de mujeres, fue prácticamente execrada del redil feminista por declarar que, para ella, no había cine de mujeres

ni de hombres, sino mal y buen cine. Punto. No en balde, al ver su primer corto de cineasta novata, García Márquez había dicho, “por fin hay alguien que se atreve a hacer lo que no le pidieron”.

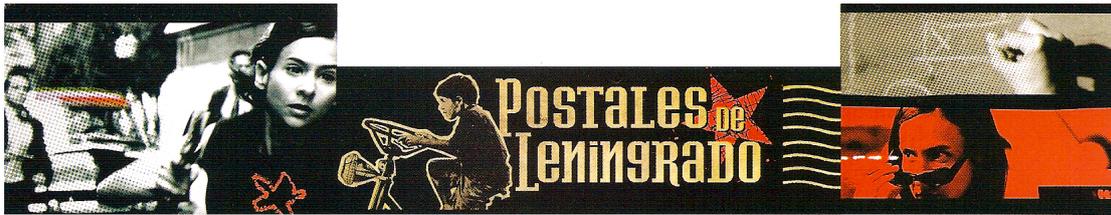
En la Cuba de los tiempos previos al periodo especial —donde se hablaba hasta de apertura o Perestroika como le decían los rusos—, Mariana Rondón tuvo la suerte de tener como maestros a los más importantes discípulos de sus admirados Jean-Luc Godard y Glauber Rocha, grandes iconoclastas del arte cinematográfico. También conoció a Francis Ford Coppola y George Lucas, entre otros pesos pesados de Hollywood.

Pese a este prontuario, bastante resumido en verdad, cuando se tiene al frente a Mariana cuesta creer que esta mujer de porte todavía juvenil sea capaz de levantar semejantes polvaredas. Tiene el mis-

mo rostro desde los ocho o nueve años: tez blanca, cabellera espesa y ojos color de mar al atardecer que siempre miran con un aire travieso e inquisidor.

¿Es Rondón en realidad una provocadora y, en definitiva, una insurgente *antiestablishment*? Ella lo niega con sus gestos. Ordena un café e intercambia un fósforo por un cigarro a un joven que se acerca a pedirle fuego. Acaso no es que sea una rebelde por naturaleza, no es que ella haya decidido rebelarse un día cualquiera a los 13 ó 14, como muchos de su generación lo hicieron sin llegar a ningún lado, sino que la rebeldía es una herencia inscrita prácticamente en su partida de nacimiento. En todo caso, provoca sin querer.

Mariana nació el ocho de mayo de 1965, domingo y Día de las Madres, para más señas. Los memoriosos recordarán



que aquel fue un año nervioso en la lucha guerrillera, después de la derrota formidable del 64. Se hablaba de la vía armada, de las Unidades Tácticas de Combate y de la clandestinidad. Miles de jóvenes inspirados por los barbudos de la Sierra Maestra “cogían pa’l monte”. Los padres de Mariana eran ambos guerrilleros y ella misma había sido concebida en el fragor de la lucha de guerrillas. Solo que para darla a luz, su madre tuvo que ir a un hospital y ahí fue capturada. Pero no por la policía, sino por los periódicos que la sacaron en primera plana para conmemorar la festividad. La prensa la dio a conocer como María Gabriela López, hija de Clara López. Ambos nombres eran, desde luego, pseudónimos para protegerse de la ley. Así comienzan las peripecias clandestinas de quien más tarde sería conocida, entre los partisanos, como “el bebé de Maicao”, pues en su cochecito se ocultaban armas que entraban al país de contrabando a través de la frontera con Colombia.

Todo este pasado forma parte de *Postales de Leningrado*, su más reciente película, que será estrenada el siete de septiembre en los circuitos comerciales del país. Mariana dice que ella hizo esta obra por envidia. Le costaba trabajo aceptar que a diferencia de muchos de sus amigos, ella no tenía un álbum familiar ni nada parecido. Una vez le preguntó a una tía si conservaba fotos de su niñez y ésta le dijo que todas las fotos se las había llevado la Disip en uno de tantos allanamientos.

*Postales de Leningrado* aborda un episodio de la historia venezolana que marcó a una generación, la generación más prometedora y talentosa de un país que recién surgía de la noche oscura del perzjimenismo. Pero no se trata de un filme histórico en sentido estricto. Sino de un relato personal que observa la historia desde la mirada perpleja de dos niños y que, por tanto, combina la memoria, la candidez y el desconcierto de la visión infantil.

A pesar de que se han escrito libros testimoniales y algunas novelas sobre el tema, Mariana arguye que desde el punto de vista emocional, “se trata de una historia silenciada por sus protagonistas”. Es decir, aquello de lo que no se hablaba por temor a que las paredes escucharan o a



despertar fantasmas demasiado dolorosos.

Buena parte de la película transcurre en La Mesa, un pueblo en las montañas que circundan Mérida. Los guerrilleros de la ficción son mayormente jóvenes de entre 20 y 25 años, la misma edad que promediaban los guerrilleros de la realidad. Como éstos, los actores vivieron los primeros momentos con la emoción de una epifanía. Tomaban los fusiles y se perdían entre las arboledas y los riscos para ensayar las estrategias de Vietnam, pretendiendo ser guerrilleros en toda su regla.

“El rodaje terminó siendo un circo”, admite Mariana. Los jóvenes y niños de La

Mesa, algunos prisioneros de régimen especial en la cárcel y varios locos de las calles de Mérida, se sumaron a la *troupe*. Al final, *Postales de Leningrado* reunía a una comuna feliz de 200 inadaptados. Para beneficio de los espectadores, algo de ese aire de delirio e irreverencia se respira en las imágenes.

Desde un punto de vista estético, la película es una apuesta riesgosa que mezcla varios discursos cinematográficos, incorporando incluso dibujos animados. Por momentos, se vuelve estremeecedora, como cuando uno de los personajes principales es sometido a brutales torturas. También adquiere tonalidades de comedia del absurdo cuando un comando de mujeres, ocultas tras anteojos negros, asaltan a mano armada —y al compás de una banda sonora que recuerda mucho a los frenéticos de Molotov— una tienda por departamentos. Pero, al fondo de las peripecias insurreccionales se encuentra la incomprensión, el miedo y la inocencia de los niños, quienes sin juzgar la aventura de sus padres, tratan de armar el rompecabezas de lo que sucede a sus alrededor, sin nunca lograrlo del todo, acaso porque la aventura carece de sentido y la memoria es un espejo trizado. Esta incertidumbre se cuela de principio a fin acumulando una carga emocional perturbadora que hará saltar las lágrimas a más de un espectador.

¿Es *Postales de Leningrado* la culminación de una búsqueda, el cierre de un ciclo? Mariana termina su café, enciende otro cigarrillo y da una larga bocanada. “Desde que empecé a hacer cine sabía que quería hacer esta película. Escribí como 20 borradores del guión y ninguno me complacía. Un amigo que los leyó me dijo que mientras yo me quedara fuera no funcionaría. La película es una reinención de mi pasado, pero no un ajuste de cuentas. Mientras rodaba, me di cuenta que mucha gente me ofrecía su ayuda porque mi historia era la historia de muchos que habían aprendido a no contarla”.

—Boris Muñoz